

Voces que andan

# Antología de autores salteños

**Nivel Superior**



Voces que andan : antología de autores salteños, nivel superior / Daniel Medina ... [et al.] ;

Compilación de Guillermo Núñez ... [et al.]. - 1a ed. - Salta : Ministerio de Educación y Cultura de Salta, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-3674-37-2

1. Cuentos. 2. Poesía. I. Medina, Daniel II. Núñez, Guillermo, comp.

CDD A861

**Dr. Gustavo Sáenz**  
**Gobernador de la Provincia de Salta**

**Dr. Antonio Marocco**  
**Vicegobernador de la Provincia de Salta**

**Dra. Cristina Fiore**  
**Ministra de Educación y Cultura**

**Lic. Diego Ashur Mas**  
**Secretario de Cultura**

**Da. María José Fascio**  
**Coordinadora General de Secretaría de Cultura**

**Mg. Roxana Celeste Dib**  
**Coordinadora de Bibliotecas y Archivo**

**Viviana Cristina Ceballos**  
**Directora**  
**Biblioteca Provincial Dr. Victorino de la Plaza**

**Mg. Julio Corimayo**  
**Coordinador Subsecretaría de Planeamiento Educativo y Desarrollo Profesional**

**Prof. Mauricio Coudert**  
**Coordinador de Plan Provincial de Lectura Salta**

# Índice

<b>PALABRAS BIBLIOTECA PROVINCIAL.....</b>	<b>5</b>
<b>PALABRAS DE SADE.....</b>	<b>6</b>
<b>PALABRAS PLAN PROVINCIAL DE LECTURA.....</b>	<b>7</b>
<b>SELECCIÓN DE TEXTOS LITERARIOS.....</b>	<b>8</b>
"Saltrix" de Daniel Medina .....	9
"Ciudad y poema en el filo del tiempo" de Raquel Guzmán.....	13
"Entrenadores de la suerte" de Ricardo Daniel Piña.....	16
"La revolución" de Eduardo Medina.....	19
"Pacto cumplido" de José Chavez.....	20
"Cantando pasó sobre el agua" de Ramón Ramos.....	22
"El tren de la sombras" de Mauro Martina.....	24
"Como muerto" de Clara Perez.....	26
"Carta a mi padre" de Mónica Ovejero.....	29

# Palabras Biblioteca Provincial

Ciclo **“Voces que Andan - Encuentros íntimos entre escritores salteños y la comunidad educativa”**, co-organizado con SADE.

El camino de la vida se puede transitar de muchas maneras: por inercia, por el sólo acto de estar, comer, respirar, seguir. También se puede transitar el existir de un modo que nos vuelve más humanos: creando, comunicando, explorando y socializando.

A través del ciclo “Voces que andan” se busca desandar el camino trazado por diferentes autores salteños contemporáneos para descubrirlo, o redescubrirlo, en el aula, y transitarlo junto a estudiantes de todo el territorio provincial, para explorar estas voces diversas y plurales, que nacen de la pluma de nuestros escritores para recorrer luego el papel, la geografía y llegar a los ojos asombrados de nuevos y numerosos lectores.

La palabra es una de las experiencias que caracteriza a la especie humana, que genera no sólo la posibilidad de comunicar, de transmitir emociones, vivencias, memorias, sino que permite también construir mundos y sentidos nuevos. Transformar en textos esas ideas que rondan nuestros universos personales, permite compartir y extender su energía a otros seres, a quienes atravesará de maneras insospechadas.

En un mundo global, donde abunda la información, pero faltan los encuentros y el afecto, buscamos tender redes afectivas que permitan conocer en profundidad a los autores y sus obras y conectar también con el territorio y quienes aportan a la producción cultural.

Este proyecto surge de una iniciativa de la Biblioteca Provincial Dr. Victorino de la Plaza, y se trabaja en una acción conjunta con Plan Provincial de Lectura y Sociedad Argentina de Escritores (SADE) Filial Salta.

Al recorrer estas páginas encontrarán las voces y miradas de autores salteños que decidieron acompañar esta iniciativa, que valoran el encuentro con el estudiantado y que ofrecen su aporte generoso para seguir construyendo y trascendiendo.

## Palabras de SADE

Uno de los propósitos más importantes de la Sociedad Argentina de Escritores filial Salta, es dar a conocer y reivindicar las producciones de sus miembros. En la actualidad cuenta con más de cien escritores, cada uno con su universo, su compromiso, su trayectoria y representatividad dentro del contexto donde habita. Es a través de sus textos que podemos vivenciar no solo una época, sino también las tendencias actuales que convocan e inquietan su sensibilidad.

“Un escritor debe ser cronista de su tierra” y los textos mostrar compromiso con la sociedad y la palabra. La literatura de Salta tiene fuerte raigambre en el terruño, en la pertenencia que enorgullece, en las leyendas, en el sincretismo cultural y en la historia. Tópicos que a veces chocan contra una especie de “movimiento implícito” y centralista, que intenta direccionar, clasificar y encasillar las obras, imponiendo un vanguardismo que nos llega de afuera. Cuestiones para nada nuevas que se repiten como un círculo vicioso a lo largo del trayecto histórico-social.

Y olvidamos la fastuosidad misteriosa y verde del Chaco Gualamba, la soledad legendaria y sabia de la puna, los valles calchaquíes con sus cerros colorados y ocres, poblados de historias y bagualas. Todas diferentes y unidas por la geografía y pertenencia provincial. Todo esto es literatura salteña; una extensión poética interminable en matices y preocupaciones, en conceptos y cosmovisiones.

La literatura de Salta hoy es puesta de manifiesto a corazón abierto para que estudiantes de diferentes niveles abreen de sus autores en plena actividad creativa, los reconozcan y se reconozcan en los textos. Por eso, desde SADE Salta, celebramos el Proyecto Voces que Andan, elaborado por el Plan Provincial de Lectura, la Biblioteca Provincial Dr. Victorino de la Plaza y esta institución, y que tiene como objetivo visibilizar la literatura actual, interactuar con sus hacedores y mostrar un panorama actualizado de la importante producción local.

La idea de federalizar nuestras letras en un proyecto, y que este llegue a las instituciones educativas, es un paso gigante en su desarrollo y proyección. En esta antología encontraremos voces de todas las regiones de nuestra provincia, podremos comparar sus colores, sus paisajes, sus realidades y sus preocupaciones. El interior salteño dejará de ser una literatura “pintoresca” basada en coplas y descripciones, para transformarse en una poderosa voz que llega para quedarse.

La Antología del Proyecto Voces que Andan es sin duda un paso adelante en la cultura provincial, y los estudiantes que reciban estas páginas podrán deleitarse con textos que evoquen su propia región y sentirse representados por ella en su lectura y estudio.



Eduardo Medina  
Presidente  
SADE Salta

# Palabras Plan Provincial de Lectura

La escuela es siempre un buen lugar para decir presente, ahí en cada escuela, cada día, miles de estudiantes levantan la mano para indicar y reivindicar su presencia, su nombre, su apellido y su pertenencia. Lejos de las pretensiones burocráticas en las que caemos fácilmente, decir presente, es decir aquí estoy, o más aún, es poner cuerpo, cara y voz al acto educativo social y colaborativo. En otras palabras, decir presente, es afirmar nuestra existencia y nuestra pertenencia.

Entonces que mayor honor para el Plan Provincial de Lectura que decir Presente en cada aula, esta vez acompañando a escritoras y escritores salteños quienes reclaman la necesidad de decir también estamos presentes.

“*Voces que andan*”, como hemos denominado a esta acción, que consiste en poner en valor, en cuerpo y voz las producciones literarias de nuestra provincia. Es preciso mencionar que, la puesta en marcha de estas acciones, vienen de la mano del trabajo conjunto de la Biblioteca Provincial, SADE (Sociedad Argentina de Autores) y el Plan Provincial de Lectura. Proyecto que va más allá de propiciar el encuentro “Cara a cara” entre los autores y los lectores sino más bien poner voz a voz a los autores, los textos y los lectores, tanto estudiantes como docentes.

Quienes andan entre libros sabrán que ningún texto está completo si no le falta algo, es decir, todo cuento, todo poema, necesita de una ausencia y de su búsqueda. También, quienes andan entre libros, sabrán que es posible encontrar eso que falta entre los lectores y lectoras que se sumergen en las páginas y son estos mismos lectores, lo que no puede faltar. Y es que la literatura necesita siempre del otro para existir y todo el mérito de la existencia literaria es pura y exclusiva de los lectores, como si fuera una conspiración.

Lectores salteños para escritores salteños. Lectores y escritores que se encuentran en esta parte del mundo, a mitad de camino entre el silencio y el grito, entre cerros y selvas, entre guitarras, entre palabra y palabra.

Quizás elegimos ubicar a Salta dentro de esos parámetros porque entendimos que la región es más que una ubicación geográfica si no que es, como dice Zulma Palermo, *un espacio cultural dinámico unido por una memoria colectiva*.

Voces que andan pretende ser más que una oportunidad para conocer lo que ya es nuestro, es más bien, una oportunidad para discutir, analizar y debatir. Una posibilidad de habilitar voces de lectores y lectoras, la posibilidad de discutir sentidos, de mirarnos desde diferentes textualidades, la maravillosa posibilidad de construirnos en la polifonía de lo literario.

Decimos presente,

Para permanecer,

Para quedarnos,

Para entendernos,

Para abrazar la palabra,

Nacida en esta tierra.

Plan Provincial de Lectura.



Selección de Textos Literarios  
Nivel superior



Voy a contar esta historia con la menor cantidad de mentiras y exageraciones posibles. Pero no pidan objetividad, porque eso no existe.

Cuando vi que el gaucho sacó el facón, dijo porteño conchatumadre con Güemes no se mete nadie y encaró para ensartarlo, la verdad es que no me sorprendí ni horroricé, sino que observé toda la escena como algo predecible e incluso necesario. Mi amigo —aunque llamarlo amigo es demasiado— no había tenido mejor idea que ir a burlarse, nada más ni nada menos que a la Casona del Molino, del gran héroe gaucho; callate, si ese Güemes se la pasó más tiempo culeando que defendiendo a la patria, le había dicho al paisano. Es verdad que lo habían provocado, hay que enseñarle a comer empanadas al opa este y metete el obelisco en el culo y esas cosas, pero contraatacar con lo del pata de lana fue un error. Un golpe bajo. Eso es algo que nosotros podemos decir sobre Güemes; pero un extranjero (y un porteño siempre es extranjero fuera de baires), nunca.

A Maximiliano Gutiérrez lo conocí por casualidad: un día abro el Página/12 y leo un titular que refería a los piquetes en el norte de la provincia y me alegró que saliera algo de Salta en un medio nacional porque acá se estaba callando todo: ni diarios ni radios se animaban a abrir el pico, por miedo a perder la pautita oficial que les daba de comer. Solamente el semanario en el que trabajaba —y uno que otro blog— había logrado publicar algo de las represiones en el norte de la provincia; aunque a nosotros no nos leían más de 200 personas en toda Salta. Yo había tratado con minucia el tema por eso me bastó con leer la primera oración para darme cuenta de que la nota que firmaba un tal Maximiliano Gutiérrez la había escrito yo.

Llamé a Buenos Aires con las últimas monedas que tenía (no hay nada menos redituable que ser periodista independiente en un feudo). ¿Quién habla? El tipo al que le plagiaste la nota de los piquetes, pelotudo. Gutiérrez se disculpó a su manera, o sea, sin pedir disculpas, periodismo de urgencia, dijo, sin saber explicarme muy bien qué tenía que ver eso con el plagio. Me solicitó el número de teléfono y dijo que al rato me llamaba para que sigamos hablando.

A los tres meses volvió a llamar y no para pedirme perdón, sino para ofrecirme un trabajo, que sería obviamente un gran honor para mí, puesto que, me aseguró, aprendería algo de “periodismo en serio”. Entonces le pregunté qué nota quería hacer, si sobre las relaciones de funcionarios con el narcotráfico, o las represiones a piqueteros o sobre el estado paralelo que mantiene el ingenio azucarero en Orán. No, me dijo, quiero hacer unas entrevistas a los músicos más representativos del folclore nacional. Ver dónde viven, cuáles son sus familiares, qué hacen, cómo se llevan con la posmodernidad. La zamba en los tiempos del viagra, creo que la voy a titular, dijo. Ah, respondí, ¿y eso qué tiene que ver con el periodismo?

Epa, un salteño con sentido del humor, eso sí que no se ve todos los días, respondió.

Esa fue la primera vez que tuve ganas de golpearlo, pero acepté: 800 pesos por 5 días de asesoramiento full time era más de lo que ganaba en un mes de semanario.

No puedo creerlo, pibe, si hay autos y casas, y yo que pensé que eran todos unos wichis que vivían en chozas, guau, hasta un televisor, fue lo primero que me dijo cuando lo fui a buscar al aeropuerto. Inmediatamente pensé en pedir un aumento.

Lo había reconocido desde lejos, con esos chalequitos de mil bolsillos que se compran los periodistas porteños para venir al interior como si fueran a internarse en la selva por un mes. Supe, desde entonces, que iban a ser los días más largos de mi vida.

Después vino lo de rutina. Visitar a los chamuyeros y escucharlos repetir de memoria toda una serie de lugares comunes, pronunciados con una tonada salteña exagerada, mientras nos llenábamos con unas empanadas bien típicas, compradas en el Shopping, acompañadas con unos vinos de 100 pesos. También hubo sesiones fotográficas, en las que los entrevistados lucieron sus mejores disfraces de gaucho.

Todo lo que te dijeron esos tipos es pura mierda, le dije, cuando íbamos camino al hotel. Esa Salta no existe, recalqué. Me miró con sorna y asco y dijo que hay que recordar lo que dice Chiche Geldblung, pibe: Que la verdad nunca se interponga entre vos y una buena nota. Otra vez, estuve a punto de darle una piña.

Para el cuarto día ya habíamos entrevistado al Chaqueño (un almuerzo en el Mc Donald, a pedido del cantante, que nos comentó –off de récord, por supuesto– que estaba bien podrido de las empanadas y que además coleccionaba los muñequitos de las cajitas felices).

Pensé que lo peor había pasado, cuando a la noche me llegó un mensaje de texto de Gutiérrez (aunque él se obstinaba en que lo llamara “Maxi”: llamame Maxi, decía todo el tiempo, ante mi insistencia de decirle Gutiérrez). Kiero merka, leí en el celular. Meta, respondí. Me envió unos signos de interrogación y tuve que explicar: Meta es un OK salteño. Así que llamé a mi amigo Trujillo, que conocía algo de ese tema y en su Citroën nos fuimos al “bajo”, donde se consiguen putas, travestis y cocaína. Apenas nos adentramos en la zona pude ver cómo la cara de Gutiérrez palidecía y empezaba a ocultarse o a encogerse en el asiento posterior. Nos mirábamos con Trujillo y apenas si nos aguantábamos la risa. Gutiérrez no decía nada, estaba atrás, agazapado, muerto de espanto. Para mí que este es un periodista de escritorio, dijo Trujillo, que ya no pudo contener la carcajada. Esto no lo vi ni en el Fuerte Apache, te lo juro, pibe, en ninguna parte, mirá que yo estuve en muchos lugares, pero ninguno así, se excusó Gutiérrez.

Compramos rápido. Si nos agarraba la cana, íbamos a ser el comentario de todos los medios oficialistas. Por los artículos en el Semanario, nos la tenían jurada.

Se fue, finalmente se fue y yo rogué que me olvidara o que perdiera mi número. También, que los talibanes secuestraran su avión y lo estrellaran donde fuera.

Vi las notas publicadas en la revista Zama (¿Cómo dejaban a Gutiérrez escribir en un medio tan bueno?), de un patetismo terrible y para colmo me nombraba como su colaborador. Fui el hazmerreír de la redacción por varias semanas. En los medios oficialistas deben de haber pensado que me había convertido, porque me llovieron ofertas de trabajo, incluso de la revista ABC, a la que apodábamos Oligarca’s Times. También me pidieron que hiciera de ghostwriter para una historia de la familia Uriburu Figueroa Costas (Salta debe ser el único lugar en el mundo donde la genealogía es el género literario más importante). Decliné todos los pedidos (sin que se enterara mi novia, porque me echaba de casa) y a los últimos dos les mandé una breve respuesta: Soy alérgico a las personas que tienen más apellidos que neuronas.

Por eso, en la Casona del Molino, cuando el neogaucho, herido en su amor propio, por lo

que había escuchado sobre Güemes, peló el facón, oculto al lado de su smartphone, hasta deseé que lo ensartara. Pero el paisano estaba muy borracho y apenas se paró se fue derecho al piso y aproveché para sacarlo a Gutiérrez, que estaba paralizado de miedo.

En la retirada se gritaron de todo, vení cagón, a tu mama la pochoclera, le dijo el gaucho, el porteño puso cara de extrañado y me miró a mí como para preguntarme si eso era un insulto y yo le dije que sí, entonces respondió callate, si vos te hacés la paja con la cartilla de Avón, y el gaucho nos revoleó el cuchillo ofendidísimo, sin puntería.

Esa vez Gutiérrez había vuelto a Salta para hacer otras de sus supernotas: un día en el Tren a las Nubes y la Festividad del Milagro. Yo estaba en la ruina total y apenas si juntábamos para comer con mi chica. Ella daba clases de francés y hacía de guía en las excursiones turísticas; yo, además del semanario, salía a remisear con el auto de un amigo; pero los controles policiales contra el transporte ilegal se habían puesto duros: los simios azulados antes se contentaban con una "propina" de \$20 y ahora exigían \$50 o te quitaban el auto. Un *sarmiento* era demasiado, los números no cerraban.

Fue por eso que no pude rechazar la oferta de Gutiérrez en el teléfono. Solo que esta vez intenté orientar la nota. Le hablé de la malversación de fondos, de los informes sobre el estado deplorable de las vías, de que el precio era altísimo y los salteños jamás podían subir en la que era su mayor atracción turística. Le hablé del hambre, de los piquetes, de los indígenas que se morían como moscas. Él me cortó en seco, en el mismo aeropuerto. Me mandan a hacer esta nota porque el gobierno de esta provincia la paga, dijo, si ellos dicen que la vida es color de rosas, entonces, aunque sea una garcha, escribiré que es color de rosas.

Me volvieron las ganas de darle un buen golpe en la jeta; pero me contuve.

Fuimos, nos apunamos, Gutiérrez presenció el ritual de la Pachamama y sacó fotos hasta el cansancio. Mientras veía a ese hombre dejar caer en la tierra comida, hojas de coca y alcohol, mucho alcohol, me dijo qué locura, chabón, y encima se quejan de que no tienen para comer.

Al día siguiente hicimos la procesión entera, porque Gutiérrez aseguró que quería "experimentar lo que sienten los fieles". Yo lo seguí casi mudo. Un par de amigos me deben de haber visto por televisión porque me empezaron a llegar cargadas al celular, mirá vos, el zurdito religioso. Lo apagué. Ahora sí que todo mi prestigio se había ido por el caño.

Yo había quedado exhausto por formar parte de esa marea humana, una caminata larguísima, donde todos te chocan y además hay que andar con cuidado, no vaya a ser que te llevés puesto a uno de esos fanáticos que van arrodillados. A la noche, lo único que quería era tirarme a dormir; sin embargo, Gutiérrez había aspirado fuerzas y llamó, hay que ir a la Casona o a Balderrama, estoy ansioso por ver unas chinitas, dijo.

Entonces fuimos a la Casona, donde ocurrió lo del neogaucha y el facón. Eso ustedes ya lo saben. Lo que no saben es que cuando estábamos en el auto, huyendo en cámara lenta, porque yo manejaba y estaba ebrio, a Gutiérrez justo se le dio por tener un ataque de hombría, gracias, en parte, a otra línea, que además de valor, le había dado cierta lucidez, esta provincia es simpsoniana, decía, es Macondo patas arriba, pibe. Y yo le daba la razón y le recalaba que era eso lo que tenía que poner en sus notas y no la propaganda barata que parecía copiada de un

folletito de la Secretaría de Turismo (dicho sea de paso, posteriormente corroboré que, efectivamente, había párrafos completos en las notas de Gutiérrez copiados de esos folletos) ya solo te falta ponerte a escribir sobre el duende de Güemes o los ovnis de Cachi, le dije.

Creo que esto último lo ofendió, porque se bajó del auto y emprendió el regreso a la Casona (no nos habíamos alejado más de dos cuadras).

Así entró, maldiciendo a más no poder. Dónde está el gaucho ese que me quería tajar, que venga, no le tengo miedo, decía. Yo estaba demasiado ebrio como para defenderlo y también por eso tardé unos segundos en darme cuenta de que el piso se me movía, no por borrachera, sino por un temblor real. Las botellas se estrellaban contra el suelo, algunos se cayeron y se escucharon gritos por todas partes. Por suerte pasó rápido. No más de 4 o 5 segundos.

Se produjo un fuerte silencio, todos se miraban para ver si el resto estaba bien. Entonces la porteña voz de Gutiérrez rompió el silencio, epa...che, se me hace que van a tener que sacar a pasear más seguido al santito antisísmico ese.

Todos los golpes que yo había querido darle, se los dieron ellos.

En *Oparricidios* (2014) de Daniel Medina, editorial Nudista.

# Ciudad y poema en el filo del tiempo

Raquel Guzmán

*Como una ciudad sitiada por la peste  
mi corazón no dejaba /a nadie entrar.*

(María Belén Aguirre en *Antigua*, 2020)

La ciudad es la forma que la humanidad eligió a lo largo del tiempo para sostener formas de convivencia organizadas. Emergieron con un perfil similar al actual a fines de la Edad Media, herederas de la antigua polis griega que hace referencia no sólo a un lugar, sino a una forma de vida. La ciudad trae consigo la figura del ciudadano, personas libres definidas así por los deberes y derechos que tenían en el estado.

Desde la antigüedad encontramos también las ciudades de lenguaje, desde Henoc, fundada por Caín en el relato bíblico, Esqueria, la ciudad de los pacíficos feacios en *La Odisea*, Macondo o Comala en la novela latinoamericana. Las ciudades literarias, a veces, se figuran a partir de ciudades geográficas específicas, Buenos Aires en la obra de Borges, La Habana en *Paradiso* de Lezama Lima, Cuzco en *Los ríos profundos* de José María Arguedas. Utópicas, distópicas, corpóreas, mágicas, las ciudades recuperan peripecias restos, fragmentos, historias perdidas, sonidos, olores y al yuxtaponerlos fundan o disuelven los lugares. En ocasiones esos modos de describir se consolidan y desdibujan los conflictos de la sociedad: "Tucumán / ombligo / reloj / perfil futuro / dura luna de cobre / escarcha dulce / oro esférico / le hablo a tu natural de estrella / a tu espuela de luz en el liar del tiempo" (Adolfo Manzano "Poema" 1967 s/p).

En *La invención de lo cotidiano* (1996) Michel de Certeau analiza el modo como paseantes, vecinos, transeúntes se relacionan con la ciudad y considera que andar por este espacio es un modo de leerlo. No se trata sólo de mirar y comprender su trazado y sus formas sino de una manera que tiene el cuerpo de apropiarse de la ciudad. Se trazan así caminos y recorridos que pueden verse como redes de una escritura múltiple y diversa:

¿Quién me legó esta ciudad envejecida,  
esta memoria de un tiempo  
que no me pertenece?  
Los paisajes que la noche inventa,  
la reiterada porfía del mediodía ciudadano,  
ocultan un antiguo cansancio  
bajo la piel del tiempo  
sobre las veredas.  
Ahí donde mis pies repiten una huella penitente,  
otra sombra pensó con tristeza  
las cosas que hoy pienso,  
las palabras que uso a diario,  
la costumbre del verbo.

(Francisco Avendaño "Santiago del Estero" 2008)

Cada habitante, en su desplazamiento dibuja una versión propia de la ciudad y esa travesía del cuerpo modifica el espacio. Las historias se multiplican y se entretajan entre sí, la ciudad es, entonces, el resultado de las alteraciones que los caminantes instituyen cada día, los modos de percibir, imaginar, recordar o de resolver las necesidades de la vida cotidiana. La ciudad, entonces, se vuelve densa y plural.

Atravesar la ciudad.  
Clavarle un cuchillo.  
Romperla a fuerza de pala.  
Arrancarle las entrañas calles.  
Aspirarle las luces sangre.  
Deslizar mí gusana cuerpa.

(Fernanda Salas "(viernes)" 2019)

Se trata además de un territorio donde se divide lo propio y lo ajeno, lo privado y lo público, el núcleo y las fronteras. El trazado de esos límites se relaciona con el imaginario de la cultura, las representaciones consolidadas o polémicas, la economía y las tensiones sociales que instituyen modos de apropiación de ese espacio.

El charco del ojo aprisiona la basurita. Arruga la cara y deforma el contorno de las cosas.

Llueve en la Tacita de Plata. En las periferias, la borra de café acumula desprecios. Nadie sabe más que el río: encauza éxodos de dolor, se lleva tanta mugre.

Cómo nos pesa la frontera.

(Martín Aguirrez "Bordes I" 2020)

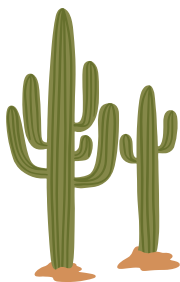
La potencia de ese deslizamiento de los cuerpos ha quedado en evidencia con el vaciamiento de las ciudades en esta pandemia. No ha cambiado la arquitectura, ni el trazado de las calles, ni los colores de la cartelería, ni los personajes de esculturas, sino que la ausencia de cuerpos circulando instaló el vacío, la borradora de los trabajos invisibles que la sostienen, sus colores y sonidos.

Un gong se ha oído en todo el mundo.  
Un silencio se ha oído en todo el mundo.  
A las calles vacías,  
la multitud se asoma por detrás  
de los cristales empañados.  
Se detiene el reloj y el tiempo sigue  
girando en torno de sí mismo.(...)  
Grita la humanidad y no se oye  
porque grita hacia dentro.

(Rafael Guillén "Las calles vacías" 2020)

La poesía habla de la ciudad, la describe, la representa, pero es parte de ella, circula en libros, posters, graffittis, tarjetas, afiches, avisos; está presente en lecturas públicas, bibliotecas y escuelas. La figura de poeta también es parte de la escena urbana, en medios de comunicación, recitales, entrevistas, encuentros de escritores, ferias de libros; o la difusión a través de blogs, revistas virtuales, y redes sociales. Poema y ciudad se entrecruzan, se escriben mutuamente y van mutando sobre el filo del tiempo.

De Raquel Guzmán, disponible en <https://literanoa.ar/>



"Vuelve a casa pequeño perro."

Algo nos dice siempre de volver  
como perros.

Los ojos tristes, la cabeza caída, el pelo...

Mucho tiempo fuera de casa, deteriora.

Volver

es cotejar la suerte que creíamos tener  
con los propios ojos de perro:

la primera vez hundidos en una lluvia de verano,  
la primera vez corridos por una jauría de niños,  
la primera mano con caricias nuevas,  
los primeros desperdicios celestiales como alimento,  
y el primer nocturno: la cara en la baldosa.

Nunca habíamos tenido tanta suerte  
con mi banda de perros.

Yo no había sido el único.

Comenzamos a juntarnos en las calles,  
despojados de nuestros nombres de mascota.

Nunca tanta suerte nueva,  
y en ese volver a casa,  
que nos dice siempre perros,  
nos volvía esa vieja sensación de agachar el lomo  
y lamer la mano que te alimenta.

Mis muchachos eran increíbles.

Ninguno contaba su historia anterior.

Éramos una masa de pelos de colores y sonidos viscerales.

Éramos entrenadores de la suerte.

La "otra puerta"  
de aquellas que habían sido nuestras casas,  
se llamaba: s u e r t e.

Y no nos animamos a pasar por allí,  
salvo cuando nos echaron.

Y en ese momento,  
nuestros colores empezaron a ser los colores de la suerte,  
nuestros ojos, nuestros olores, nuestros sentimientos bestiales,  
la f o r m a de la suerte.

Antes creí que la suerte tocaba o no,  
a la puerta principal.

Y hoy descubro que sólo era atravesar  
la puerta de servicio.

No demos explicaciones a nadie -bestias amigas-  
porque nadie nos mira.  
Somos el corazón de la periferia.  
Somos el cementerio de los deseos de entrecasa.

¡ Cuántos de nosotros creyó no ser un perro !  
Tendidos en un living en el invierno  
y cerca de una estufa.  
Dejábamos de ser una bestia,  
para convertirnos en algo del deseo de los dueños.

Nos sentíamos como niños ocupando lugares privilegiados  
y nos fuimos alejando de la bestia.  
Es la misma voz que nos decía:  
vuelve a casa pequeño perro.  
Muerdo el sufrimiento de mirarme definitivamente  
en mi grupo de solitarios en masa.  
Somos esto: p e r r o s.

Perros alejados a los golpes por la puerta de servicio,  
olvidados en algún paraje también olvidado,  
donde nos duele: "vuelve a casa pequeño perro".

Todo lo que hemos vivido luego  
de esa puerta abierta a la suerte:  
los jardines que hemos roto,  
las flores disueltas en nuestros revolcones,  
las primera lluvias,  
la mordedura del semejante,  
y el amor primero que nos lleva por la noche,  
primera caricia solitaria,  
primera escoba que nos ahuyenta,  
primera vez el campo para mi nuevo cuerpo de bestia,  
primera vez que digo que no,  
primera vez que no estoy solo.

¡ Nunca más volver de esta alegría terrible !  
¡ Este mundo de calles solitaria me esperó lo suficiente !

Seré el perro que me dicta mi voz.  
Ese otro perro con rabia y enfermo de resentimiento  
huyendo de todo contacto que me patee  
al pasado que no existe.  
Solamente me queda un color nuevo de tormentas  
y hambre y deshechos.

Seré lo que vaya descubriendo:  
Un problema, una palabra perro, un grito o lástima.  
Un puente hacia el mundo de los perros.  
Seré dueño de algo que vaya descubriendo.

Y hundido en una mañana  
caminando por esta alegría bestial,  
me diré: nunca vuelvas a casa, pequeño animal.  
Nunca vuelvas al centro para ser pequeño animal.  
O al menos intenta decir: n u n c a.

Un amor nuevo ladrando nunca.  
Somos como países en cualquier sitio  
devorando todo a su paso.  
Intenta no ser esa voz de pequeño animal del regreso.  
Otras voces de perros en las calles en los baldíos  
en los andenes en la terrazas en los balcones  
están llorando nunca.

Gritan n u n c a.

Cuántos nos miran con desprecio o con lástima  
por habernos alejado para siempre.

Se apiadan de nosotros.

No saben que ladramos de alegría : n u n c a.

Les ladramos infinito ante sus puertas.

Ladramos en la basura que nos sostiene.

Lloramos nunca.

Ladramos miseria ante sus propios ojos.

Lloramos su propio llanto.

Somos nunca regresar para ser pequeño perro.

n u n c a

(Hecho en 1990.)

Dedicado a Lara Boscoscuro. A mis padres. A Claudia y Horacio. A la memoria Mario Castillo, Jimena Delfante, María Julia Vazquez e Iván Stancic. Gracias a: Paula Visuara Eduardo Licandro Miguel Angel Peralta Diego Fodera Patricia Insua  
Hecho en Estudio "La Serpiente De Gas".

En *Poesía en la fisura* (1995) de Ricardo Piña, Editorial Del Dock.

# La revolución

Eduardo Medina

Abrió los ojos e intentó reponerse. En su mente aun silbaban las balas, los cañonazos y el choque de metales en la lucha. La independencia era un sueño impostergable. Estaba decidido, quería una nación libre y no dudó ni un segundo en alistarse en las tropas federales para lograr ese cometido tan añorado.

Desde hacía varios años, los opresores venían robando sus recursos, y las leyes impuestas por la fuerza, no hacían otra cosa que enardecer los corazones de una generación que sabía que era el momento adecuado para acabar de una vez por todas con el dominio centralista y su infame contrabando.

Acostumbró los ojos a la tenue claridad de un amanecer atravesado por pesados nubarrones y sintió un terrible dolor en la cabeza. El combate había pasado. Movi6 las piernas y se mir6 las manos ensangrentadas. El fusil estaba a su lado y en su morral encontr6 algunas municiones. Record6 que combatía sin tregua y que había cruzado interminables ráfagas de fuego con los enemigos, mayores en número, pero ínfimos en coraje.

Apoiado sobre sus manos, se moviliz6 hacia el tronco de un añoso cebil y acomod6 su cuerpo. Desde ahí pudo ver el desolador espectáculo de la muerte. Cientos de cadáveres yacían hasta donde llegaba su vista; en charcos, sobre la maleza, en trincheras, inclusive arriba de los árboles.

Intent6 recordar lo sucedido; aunque eso no era lo más importante, pues sabía que en medio de ese bestial escenario estarían varios miembros de su compańía. Tom6 un poco de aire, luego mir6 su uniforme, lo recorri6 lentamente, se detuvo en las botas y movi6 sus pies. Estaba intacto.

Meti6 la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un camafeo; lo abri6 y encontr6 la imagen de Jeanette, tan hermosa y esperanzada en el reencuentro. Imaginaba su casamiento, los invitados, las campanas de la iglesia del pueblo...

Volvi6 el dolor de cabeza. El aturdimiento hizo que sus manos taparan sus oídos. Minutos después, otra vez la quietud, abri6 los ojos y sonri6. Agarr6 su casco y con gran esfuerzo logr6 ponerse de pie, con la intención de buscar algùn rastro de vida, alguien podría necesitar de su ayuda. Pero no, no hubo nadie, solo cuerpos, silencio, humo, barro, pasto, sangre, mugre y miedo.

Una brisa fría comenz6 a correr el cortinado oscuro de las nubes para dar la bienvenida al día. El soldado, ya de pie, sintió los rayos del sol en su rostro, en sus manos, en su traje, en sus botas. Caminaba sin rumbo, ensimismado, aturdido, pero liviano. Nunca sabría el resultado de la contienda, o si la independencia se habría alcanzado... pero se sentía un héroe.

Avanzaba cuando el sol desparram6 su fuerza por toda la campińa. Se encandil6 y busc6 el refugio para sus ojos en el casco. Al colocárselo, supo que estaba agujereado. Sonri6 y sigui6 su marcha con un rayo de sol que, diáfano se colaba por el casco y atravesaba su cabeza.

En *G6tico Norteńo* (2026) de Eduardo Medina, Salta, Ed. Cantus Corvis

## Pacto cumplido

José Chavez

Avanza la noche lentamente. En el interior de la vivienda reinaba una paz absurda, constante. La luz de los candelabros le daba un toque lúgubre a la amplia habitación.

Las paredes abarrotadas de viejos anaqueles, opacados por la acción del tiempo, repletos de libros de todos los tamaños con sus hojas amarillentas que soportaban el peso de décadas interminables sobre sus espaldas.

La espesa alfombra amortiguaba los tacones de Beatriz que se dirigía a la puerta, para luego zambullirse en el pasillo que conducía al cuarto de los niños. Los cortinados abiertos de par en par dejaban entrar la luz de la luna en una noche serena de invierno. En la chimenea, las cenizas se confundían con las brasas que aun luchaban por mantenerse encendidas, festejando la danza insaciable de las llamas que consumían con avidez los trozos de leña que reposaban en el lecho cargado de hollín.

Luis, hundido en su sillón, hojeaba Metamorfosis de Franz Kafka. El incendio rojo del vértice de su cigarrillo dejaba escapar un tenue humo azulado, que inundaba el cuarto con un denso perfume a tabaco marroquí y chocolate. Desviaba la vista del libro, sólo para agregarle agua al mate, único compañero activo a esa hora de la noche.

Por el amplio ventanal, ubicado en la planta alta de la casa, se observaban los límites del jardín delimitado por un cerco de ligustrinos. El césped corto daba la sensación de vacío; un vacío sobre el que flotaban a la deriva, la pequeña fuente de mármol rosado, los duendes de cemento, los rosales y los pequeños arbustos decorativos. El camino, cubierto de guijarros se extendía desde el portón hasta el lomo del cerro, donde el cielo cargado de estrellas, besaba la tierra... Detrás del cerro, si bien no se veía, se abría el camino en una bifurcación casi caprichosa, dando solo pocas alternativas de viaje: al norte el pueblo por la Guarapería; al oeste los Orr; la ruta nacional.

Luis meneó la cabeza y se quedó inmóvil...frunció el ceño...aprestó los oídos para escuchar mejor. Pasos sobre la vereda de piedras que conducía desde el portón hasta el dintel de la puerta. Un escalofrío recorrió su espalda, se levantó rápidamente y se acercó al ventanal. Solo alcanzó a divisar dos sombras humanas que se perdían bajo el alero del recibidor. Un golpeteo rítmico, firme pero suave... Luis meditó un segundo. No esperaba a nadie. Hace frío afuera, mucho frío. La vivienda más cercana se encuentra a cinco kilómetros y el pueblo a diez. Nunca llega nadie de noche, a menos que haya fiesta.

Bajó las escaleras. Se acercó a la puerta y otra vez el escalofrío recorriendo su espalda. Beatriz y los niños dormían. Germán y Raquel, los criados se encontraban de descanso de fin de semana en el pueblo y regresarían recién el domingo por la noche. Samuel, el viejo pastor inglés, alzó su cabeza por entre los almohadones del sillón grande y mostró su desaprobación por el ruido que perturbaba su descanso. Olisqueó el aire, protestó y se volvió a tender. Luis continuaba de pie frente a la puerta, abrió y una ráfaga de invierno le congeló los huesos. Ante él, se presentó una pareja. El hombre de contextura robusta, parecía más grande de lo normal, con las hombreras de su sobretodo negro, el ancho de su cuello y la rigidez de su rostro. Ella lo miró fijo y dibujó una sonrisa cruzada, cínica. Era blanca, muy blanca, como de nácar, de mármol, de piedra. Sus ojos no tenían movimiento, estaban opacos, casi huecos, sin brillo...

Luis presintió que ocurriría algo grave, lo intuyó, miró alrededor buscando una vía de escape. Se agolparon recuerdos en su mente. Sabía que era el momento. Tenía que hablar, que hacer algo, cerrar la puerta, gritar, despertar a Samuel, buscar un arma. Debía hacer algo, pero estaba paralizado.

Era tiempo de rendir cuentas. Casi tartamudeando hizo las preguntas de rigor. Ninguno se movió. Ninguno contestó. El hombre lo miró fijo, con una sonrisa maliciosa, mostró sus dientes. Luego en una estruendosa carcajada dejó nacer su maldad. La risa retumbó en los oídos de Luis, en la sala, en la casa, en la loma, pero nadie, ni siquiera las mariposas de la noche asomaron la nariz para ver lo que pasaba...

Ella avanzó un paso, hizo un gesto. Él dejó de reír. Luis temblaba, retrocedía a medida que ella se le acercaba. El energúmeno de negro o tomó del brazo. Le presionaba el alma con su mano fría. Ella se acercó hasta rozar con los labios la oreja de Luis. Lo tocó, sintió su miedo, tomó su olor del aire, en un gesto de deseo sexual se pasó la punta de la lengua por el rostro y sonrió traviesa. Mortal.

Luis estaba aterrorizado. Sabía que no podría escapar. Que el tiempo había llegado. Se le doblaban las rodillas. Le latían las sienes. Se le cortaba la respiración. Tragó saliva, le dolía el grito ahogado, la desesperación. Ella se apartó. Sacó algo de su bolso y se lo dio. Era un sobre. Un sobre negro. El hombre habló. Por primera vez en minutos, horas, uno de los tres, hablaba: — Ya es hora. Hemos venido a buscarte. — Eso fue todo. Luis cayó al suelo. Inerte. Sus pupilas se dilataron. Un leve zumbido en los oídos. El aliento de la vida yéndosele lento, pero seguro. Cinco segundos después los tres cruzaban el portón. Atrás quedaban Samuel aullando despavorido y un cuerpo sin vida.

En *Gótico Norteño* (2026) de José Chavez, Salta, Ed. Cantus Corvis

# Cantando pasó sobre el agua

Ramón Ramos

A don "Tonino" Almarza, Transportista de andar por el barro,  
en los antiguos caminos del Chaco Gualamba.

Por "Pozo El Balde", había una antigua cancha de tabeada y otra de carreras cuadreras. Era un lugar de recordadas juntadas, donde se encontraban corredores de caballos, y tiradores de taba de Bolivia y del Chaco Salteño. También era un lugar de desencuentros con fuertes historias de cuchilleros y asaltantes. Se apostaban; animales, enchapados de oro y de plata, también monedas de oro y quintos de plata.

Con el tiempo, el paraje pasó a ser un peladar abandonado. El suelo quedó regado de vidrios de todos los colores. Como si alguien hubiese tirado piedras preciosas y que en noches de lunas se agitaban estos pequeños fragmentos multicolores. El espectáculo de las estrellas se reflejaba por el peladar, sobre todo en las noches claras cuando se cubría el suelo de infinitas luces que vibraban, quizás contando algunas historias que ya quieren quedar en el olvido. De noche se abría en el inmenso patio la memoria cósmica del lugar.

Ya estaba entrando la noche y el camión se quedó en un desvío, justo por ese lugar. El barro que había dejado la última tormenta estaba pesado y se hacía imposible avanzar, así que con mi hermano Félix decidimos pasar la noche en la cabina del camión.

Había mucha agua en el camino, las huellas eran profundas. Y el agua amenazaba entrar a la cabina.

La claridad de la noche acentuaba los reflejos, dejando ver la quietud de los cielos en medio de la inmensa soledad del Chaco. El agua y el barro lo cubrían todo, desvíos, huella y camino era una sola superficie plateada por la amalgama de las estrellas y la luna. El canto de los sapos llegaba como un grave concierto de la naturaleza, ronco y lastimero el coro metálico y rudo surgía desde el barro penetrando los quebrachales que a contraluz dejaban ver la roja esfera de la luna. La noche del Chaco Gualamba se encontraba en plena revelación.

Estábamos dormitando en la cabina. La altura nos permitía ver todo el camino. Desde lejos, escuchamos que alguien venía cantando coplas. Eran bagualas que llenaban los montes, aunque no se entendía bien el canto, éste se acercaba. Pero no veíamos a nadie, hasta que pasó cantando sobre el agua, muy cerca, por el costado del camión. Era triste el canto, se sentía chapotear el agua aunque ésta no se movía. Se escuchaba chapalear el barro y no veíamos a nadie. Los reflejos del agua estaban quietos.

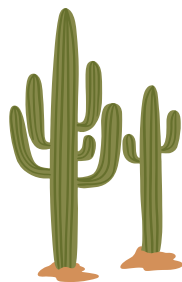
Cuando atravesó el lugar se fue acallando la copla, por momentos estaba lejos y relegada, y en otros era un retumbo grave, fue entonces cuando pegó el grito que estalló por el monte, se fue por la oscuridad como burlándose.

En aquel momento, mi hermano Félix me dijo:

*—Parece que este es un lugar jodido, alguien pasó cantando sobre el agua, aunque no era nadie de este mundo. O a lo mejor no lo vimos.*

Dos noches pasamos en el lugar hasta que logramos sacar el camión. Y las dos noches, alguien pasó cantando sobre el agua, llevaba el mismo canto. No era nadie o quizás nosotros no lo vimos porque venía cantando desde otro mundo.

En *Gótico Norteño* (2026) de Ramón Ramos, Salta, Ed. Cantus Corvis



# El tren de las sombras

Mauro Martina

Dicen que el viento de la tundra andina llora, quizás como presagio. Ilich dormita, maldice su viaje, y a ratos escribe en su cuaderno de notas. Una imperturbable metamorfosis acompaña la quietud del paisaje: en el extenso ramal de las nubes. Un tren serpentea entre cerros y olvidos, perfora túneles que huelen a hierro oxidado y humedad ancestral, como si atravesara otro mundo.

El aire se cuele por las rendijas del vagón, trayendo los aromas agrios del polvo y del carbón. A lo lejos, un guanaco inmóvil, parece vigilar el paso del tren. Ilich, con la mirada fija en el horizonte, murmura:

—*Todo viaje es un tránsito entre sombras.*

Me dice que viene en busca de arcanos, de secretos herméticos. Que esa búsqueda es sólo la de los hombres de alma atormentada. Atardece. Él observa, con la mirada perdida, los últimos verdes que se disuelven en la muerte del otoño. Tal vez busca despedidas en esos conos de lava que escoltan las vías.

—*¿Falta mucho para llegar al pueblo?* —pregunta, rozando con los dedos la tierra acumulada en el apoyabrazos de la ventanilla, como quien palpa el tiempo.

—*En media hora llegamos a San Antonio de los Cobres*— le respondo.

\*\*\*

En la honda oscuridad del altiplano, las noches del Quitapenas arropan al frío con brindis repetidos. Se apagan las escasas luces, las penas mineras, y hasta algunos temores. El aire del bar huele a caña, a leña seca y sudor rancio. Las paredes rezuman salitre, y las mesas parecen conservar el eco de viejas conversaciones.

Cuevas, un viejo minero del lugar, contaba historias de aparecidos. Cada noche congregaba a los parroquianos con relatos cada vez más sombríos. Una vez, Prudencio llegó agitado, con un gesto tan grave que pareció detener la respiración de todos.

—*Anoche vi el Tren de las Sombras*— dijo, con voz temblorosa.

Un silencio denso se apoderó del bar. El Tren de las Sombras era una leyenda antigua: un convoy espectral que cruzaba las vías muertas, llevando almas rebeldes hacia el Más Allá. Nadie lo había visto jamás, salvo en sueños, o en los delirios de la puna.

—*Iba lleno de luces tenues*—continuó Cuevas—. *En la última ventana vi al Ingeniero y a mi hermano Juan, desaparecidos en la dictadura, hace veinte años. Antes me pareció ver, en el coche comedor, a la Juana Zonza, entre Mister Hugo y el diablillo de Weimer. Me llamaban... pero no podía moverme.*

Los parroquianos intercambiaron miradas incómodas. Mariana, práctica como siempre, le sirvió un trago de caña.

—*Son cosas de la altura, Prudencio. Mañana se te pasa.*

\*\*\*

Ilich Ulyanovsk, bajo la luz pálida de una lámpara de querosén, parecía arrastrar una cruda melancolía. La noche olía a humo de tabaco mezclado con el tufo aceitoso del metal viejo, formando una neblina baja sobre la mesa. Recordaba a los gnósticos, a los estoicos, a los cabalistas que buscan descifrar el designio divino.

¿Acaso esta era la historia que perseguía? ¿O solo un símbolo, un eco del azar, o una maldición religiosa disfrazada de leyenda? Tomaba notas sin cesar, y ginebra con medida. Tal vez intuía su mente al borde del abismo. Quizás ya sabía que el pueblo escondía más de lo que mostraba. ¡Una trama oscura!, ¿Aparecidos? ¿Desaparecidos? ¿De qué le querían hablar realmente?

Un desafío del destino trajo su respuesta al amanecer. La conmoción en el lugar era notoria: sobre las vías dañadas, abandonadas desde hacía décadas, se hallaron marcas frescas de hierro. Y Prudencio, simplemente, había desaparecido.

Acompañé al extranjero hasta la estación. A los silbos del viento entre las casas bajas se acompañaba un polvo fino que se levantaba y se pegaba a la piel. En cada esquina, en cada rostro, Ilich creía ver su propia condena. Un niño, de mirada ausente y pasos perdidos, le entregó un sucio y arrugado boleto de tren. Ulyanovsk lo tomó sin hablar. Luego me dijo, apenas en susurro: *—Estoy esperando reunirme con los fantasmas... los aparecidos, como ustedes los llaman.*

*—Amigo, no joda con eso—le advertí—. Aquí, a veces, la gente también desaparece.*

A Prudencio Cuevas lo buscaron por días. Un borracho del pueblo solo encontró un arrugado boleto de tren y el sombrero de Cuevas cercano a las vías.

Una noche de ginebra en el Quitapenas, nuestro purgatorio terrenal, después de varios brindis, Ilich sonreía mientras sostenía entre sus dedos el arrugado boleto que le habían regalado. Lo examinaba con curiosidad, tal vez frente a la superstición que le sugería el sucio papel. Sobre el aire que olía a leña quemada, a alcohol derramado, un silencio de cobre era roto solo por el viento que azotaba las ventanas.

Entonces, con la voz baja y la mirada fija en la lámpara temblorosa, citó a Gurdjieff: **“El hombre no nace con alma; debe forjarse a través del recuerdo de sí mismo.”**

El murmullo del bar se extinguió. Una inquietud sutil pareció apoderarse del boliviano. Abatido por la ginebra, se retiró al hotel. Nunca más volvió.

Pasaron unos días entre diatribas y viento. Una madrugada, cuentan que Mariana, desde la cantina, oyó un silbato lejano. Miró por la ventana. Un tren fantasmal avanzaba lentamente por el cerro. En la última ventanilla distinguió, entre sombras, a los hermanos Cuevas, al Ingeniero... y a Ilich, que sonreía. Algunos aseguraron haber visto también al poeta Aramayo y al boticario. El tren se desvaneció de la nada.

Desde entonces, el Quitapenas no ha vuelto a servir caña a Prudencio ni ginebra al Ilich Ulyanovsk Colchagua. Pero cada noche, el silbato del Tren de las Sombras resuena en San Antonio de los Cobres, como un recordatorio de que el Más Allá no es un lugar lejano, sino apenas un arrugado y sucio boleto, al alcance de cualquier mano.

Y más cerca de lo que creemos.

# Como muerto

Clara Perez

1 a.m. Miro la hora en mi costoso reloj, por enésima vez. Rafaela no regresa aún; seguramente sigue enfadada, porque no he querido regalarle el Ferrari con el que sueña por estos días. No creo que sea un modelo acorde a sus necesidades, y tampoco me siento inclinado a entregarle otro regalo carísimo; no se ha portado bien últimamente, y eso me pone de pésimo humor. Mi cabeza parece inflarse como un globo, con esta maldita jaqueca que me acecha desde hace unos días, y a ella parece no importarle en lo más mínimo mi salud. Sale todo el tiempo con sus amigas y vuelve a casa a la hora que se le antoja, sin darme ninguna clase de explicación. Me ignora y se burla de mí constantemente, hasta parece ensañarse con todos y cada uno de mis defectos, es bastante cruel. Si hubiera sabido, que nuestra reciente boda cambiaría de esa manera su carácter, nunca le hubiera propuesto matrimonio; simplemente habríamos seguido siendo una pareja de novios, cada uno en su casa y con sus cosas.

Ahora comienza a alterarme como Nora, mi primera esposa. Aunque la verdad, hay un abismo de diferencia entre una y otra. Rafaela es tan joven y bella, deslumbrante, altiva, incomparable. En cambio, Nora es tan ordinaria y falta de atractivo, tan sumisa y decente, tan poquita cosa, que el sólo nombrarla empeora mi dolor de cabeza. El peor error de mi vida: Nora. A veces pienso y no logro explicarme cómo yo, Flavio Nori, heredero de una enorme fortuna y exitoso hombre de negocios, el millonario apuesto y codiciado por las damas de alta sociedad, pude llegar a contraer matrimonio con una mujer tan común y corriente; que me amaba, sí, eso es innegable, con todas las fuerzas de su ser, al punto de convertirse en un lastre para mi vida, tan agitada y apasionante. "Nora Nori"... ¡Qué horror!, ni siquiera su nombre era digno de portar mi apellido.

Después de veinte largos años de aburrimiento y apatía, Rafaela hizo su entrada triunfal en mi vida. Cómo no enamorarme de ella: hermosa, sensual, despampanante. Llegó a una reunión del brazo de Raúl, uno de mis socios. Me atrajo de inmediato su halo de misterio e indiferencia. Enfundada en un ajustado vestido rojo, su brillo eclipsaba a todas las mujeres que la rodeaban y más aún a la pobre Nora, en su eterno trajecito gris.

Esa noche quedé prendado, absolutamente fascinado, tanto que no me importó traicionar a Raúl y a Nora, con tal de conseguir sus favores. Ella también se enamoró de mí, claramente, y lo demostró dejando a Raúl al día siguiente, para iniciar una relación conmigo. Mi divorcio con Nora fue cuestión de días. Obviamente le entregué una casa, un buen auto y una jugosa pensión, para sacármela de encima. Sí, es cierto que lloró mucho y hasta me amenazó con suicidarse si la dejaba, pero hasta ahí llegó todo y nunca más volví a saber de ella, afortunadamente.

3 a.m. Todavía no vuelve. Pienso en la manera en que debo reaccionar cuando entre por esa puerta, y no decido aún si debería enojarme o mantenerme indiferente. Tal vez regrese alegre y un poco pasada de copas; en ese caso, sólo me limitaría a ignorar la hora y apelar a una hipotética reconciliación. No lo sé...

6 a.m. La mansión Nori se ha sumido en un mutismo absoluto, sólo interrumpido por el ulular de la sirena de una ambulancia. En la imponente entrada está Rafaela (la divina Rafaela), tan joven y ya viuda; espléndida en su ajustado atuendo negro, llorando detrás de sus enormes lentes

negros y secando sus lágrimas en un pañuelo impregnado en su perfume carísimo. También están los curiosos de siempre, amontonados en la vereda tratando de atisbar, a través de los altos setos del jardín, los detalles del inesperado acontecimiento.

10 p.m. “¿Dónde estoy? ¡Por Dios! ¿Es esto una pesadilla o el mayor de mis miedos, que se hizo realidad?... Alguien que me escuche, por el amor de Dios. ¿Por qué está todo oscuro, qué es este lugar?”. Comienzo a agitar mis manos, me falta el aire, toco sin querer el forro aterciopelado de lo que parece ser mi ataúd. ¡Nooooo, por favor, noooo! Viene a mi mente la historia familiar contada sólo a medias, por lo espantosa, de mi bisabuelo enterrado vivo en estado cataléptico. Mi mayor temor, el único temor en mi vida, se ha cumplido. Grito desesperado y he comenzado a arrancar mechones de mi cabello, al percibir la asfixia incipiente.

Recuerdo entonces la firma del contrato prenupcial con Rafaela, en el cual me ocupé concienzudamente, de asegurarme de que mi esposa estuviera obligada a colocar, dentro de mi ataúd, un teléfono móvil con su batería cargada al máximo, en caso de producirse mi muerte (como indispensable condición para convertirse en heredera de mis cuantiosos bienes). Y, además, también he pedido colocar una campana, conectada por una cadena al exterior del mismo, para llamar la atención a los cuidadores del cementerio, en caso de que el plan A no funcionara por algún motivo.

Busco desesperadamente el aparato en el espacio reducido, y lo encuentro sobre mi pecho. Casi llego a sonreír, aliviado porque Rafaela ha respetado mi deseo y ha dispuesto que se cumpla mi voluntad a rajatabla. Sin embargo, por el tiempo transcurrido desde mi supuesta muerte, la batería está a punto de agotarse. Pienso, con la celeridad que me permite la situación desesperada en que me encuentro, y marco expectante el número de mi adorada Rafaela, soñando con la visión de su precioso rostro empapado 22 en lágrimas de emoción, al momento de reencontrar nos. Luego de varios llamados, al fin ella me atiende con su dulce voz y mientras por mi rostro corren lágrimas de alivio y expectación, Rafaela parece no reconocer la mía.

*—¡Alló, alló, mi amor!, ¡mi vida, estoy vivo, no he muerto!... ¡Corré, corré por favor... por Dios, Rafaela!*

*—Pero, ¿quién es?, ¿quién habla?, ¡es un número equivocado, señor! ¡Ah, no! Es increíble que me moleste de esta manera, cuando apenas ayer he quedado viuda. ¡Adiós, señor, ya no me moleste por favor, no pienso atender más llamadas!*

Creo escuchar risas al otro lado de la línea.

El silencio literalmente sepulcral me envuelve, y el terror me congela la sangre. “Pensá, pensá”, me digo a mí mismo; pero ahora pienso en Nora, tan noble, leal y enamorada, y decido marcar el número de su casa.

*—¡Alló, alló, con Nora, por favor! ¡Páseme con Nora, por el amor de Dios!*

*—¿Qué le pasa, señor?, ¿qué clase de broma de mal gusto es ésta? ¿A quién se le ocurre bromear con la memoria de mi hermana? Mi querida Nora se suicidó hace varios años...*

*—¿Alberto?... ¡Alberto, por favor! ¡Soy Flavio, tenés que ayudarme, no estoy muerto!*

*—¿Flavio? ¡Maldito infeliz, no existís para mi familia, to das las desgracias de Nora fueron por culpa tuya, estás muerto para nosotros! ¡Adiós!*

Nuevamente el silencio al otro lado de la línea, y el tiempo que pasa inexorable, y el ahogo y la desesperación... "Pensá, Flavio, pensá, el tiempo se acaba". Sólo queda Raúl, sí, Raúl. Es cierto que su amistad ter minó al mismo tiempo que lo mío con Rafaela comenzaba... pero, al fin y al cabo, fue mi socio y mi único amigo por muchos años. Por Dios, la batería se agota y no recuerdo su número; hago memoria, sintiendo que mi cabeza va a estallar por el esfuerzo sobrehumano y al fin consigo ir marcando, uno a uno, cada dígito. Una voz alegre, jovial, en tono de verdad amable y complaciente, atiende mi llamada desesperada.

—¿Alló?

—¡Amigo, soy Flavio!, ¡por favor, Raúl, por lo que más quieras, necesito que vengas!

—¿Flavio? ¿Qué Flavio? Tuve un amigo que se llamaba así, pero está muerto, ¿verdad, Rafaela?

Una carcajada femenina atroz, ácida y cruel... y otra vez el silencio. Lloro, lloro con desesperación, lloro por Rafaela, por Nora, por mí... y me río también, histérico, porque me acuerdo de que aún me queda la campana. Hombre precavido como pocos, es el plan B el que ha de salvar mi vida en esta ocasión. Y pienso, enfurecido, en la terrible venganza que he de consumir contra esos dos. Busco enloquecido, sondeando en la oscuridad con mis manos agarrotadas, la cadena de la cual pende mi existencia. La encuentro arriba, justo a la altura de mi estómago. Me aferro a la última chance como un loco y grito, y agito la cadena desesperadamente, mientras escucho el tañido y mi mente se revuelve impaciente, en espera de alguna respuesta exterior. Una voz grave interrumpe mi trastornada faena; unos gritos que consiguen, de a poco, aplacar los movimientos ya casi involuntarios de mis manos, a punto de sangrar por el roce frenético con el metal.

—¡Señor, señor Nori! ¡Lo siento mucho! Acepté el trabajo porque me aseguraron que, las probabilidades de tener que hacer esto, eran casi nulas; pero no me queda otra que cumplir con lo pactado... es buena plata y la situación está difícil, ¿vio? Que En Paz Descanse, señor...

La cadena ha caído al fondo del ataúd, arrastrando en su trayectoria todas mis esperanzas. Ahora me llamo oficialmente "QEPD, estimado señor Flavio Nori" (1960-2025). Ahora que lo pienso, es un digno final para mí, a pesar de la tremenda seguidilla de errores que cometí en mi vida. Y después de todo, la Recoleta es un más que digno lugar para morirse, así, rodeado de tantos y tan ilustres vecinos...

En *Gótico Norteño* (2026) de Clara Perez, Salta, Ed. Cantus Corvis

## Carta a mi padre

Mónica Ovejero

Salta, 05 de agosto de 1967

A quién se llamaba así mismo mi Padre:

Una noche, cuando aún yo era niña todavía y tenía sueños que me llenaban el alma de mariposas y el alcohol te había puesto rojas las mejillas y caliente el corazón, me dijiste que el matrimonio era el único medio de fundar una familia, de conservar la especie y suplir las imperfecciones del individuo, que no puede bastarse a sí mismo para llegar a la perfección del género humano.

Que solo se es perfecto con la dualidad conyugal. Que los casados deben ser y serán sagrados el uno para el otro, aún más de lo que es cada uno para sí. Tan sagrados, como lo eras junto a mi madre. ¡Dios te perdone, por cada palabra, y te aleje del infierno!

Yo era una niña y mi inocencia me cegaba los ojos del corazón y los de mi cara. Y mis manos se encargaban de los oídos y los dientes de cerrarme la boca para que no escapen mis gritos y se unieran con los de mi madre mientras caía bajo las “caricias” de tus puños.

Gritaba ella y sus gritos eran aullidos que rompían el silencio de la noche. Gritábamos junto a Esperanza, que era aún muy chiquita, escondidas debajo de la cama, rogando que ella ya no gritará y que vos, te durmieras pronto. ¡Dios me perdone, pero una vez, desee que nuestra madre muriera y te llevarán a la cárcel para que se te pudrieron los huesos y fuéramos libres de tanto tormento!

Su cara al día siguiente, ¡papá!, era una máscara. Un espejo del horror y la tristeza. Nos servía la leche sin levantar los ojos, y arrastraba los pies gimiendo de dolor. La vimos lavar su sangre de tus finas camisas y servirte la comida con una sonrisa. Porque ella sabía que, si no sonreía, a la noche la pesadilla se repetía.

Pasaron los años y las noches terribles eran una constante que se redoblaban cada vez con más violencia. Acostumbramos a salir los tres. Esperanza, vos y yo, tu hija mayor.

Mamá no salía. Ya no podía. No había forma de que pudiera cubrirse los cardenales que tus puños dejaban sobre su frágil cuerpo y lloraba siempre. Era una herida abierta que supuraba. Ella gritando y nosotras creciendo entre tanta mentira y terror.

Nunca pude contarte esto. Ahora te estás enterando. Una noche fue hasta mi cama y me abrazó muy fuerte. Yo apretaba los ojos para no mirarla. Ya no olía como antes. No tenía ese aroma que tienen las madres. Ahora olía a lamento y a sangre. Y me murmuró al oído... ¡Quiero morir, hija mía!

Y ahí supe lo que tenía que hacer para acabar esta historia. Abrí los ojos y la vi, por vez primera. Vi su rostro deformado por los golpes y su cabello que lucía sin brillo. Yo sabía que era joven aún y parecía una pobre vieja.

Le pedí perdón y sin decir palabras me le vante pidiéndole que se acueste en mi cama mientras le prometía que la cuidaría a ella y a Esperanza.

Salí del cuarto, busqué el revólver donde sabía que lo guardabas. No pensé que solo tuviera quince años y estaba por acabar tu vida junto a la mía. Entre a tu dormitorio y sin hacer ruido dispare directo a tu cabeza.

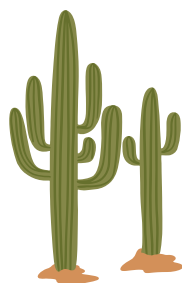
Lo que siguió es una larga historia que no merece ser contada. ¿Para qué lo haría? No tiene importancia. Lo único que interesa es que le salvé la vida a mi madre, le devolví la alegría a Esperanza y callé para siempre tus mentiras.

Esas que decías cuando el alcohol te ponía color en las mejillas y caliente el corazón.

MERCEDES

P/D: Esta carta la pondrán dentro del cajón. Tal vez, puedas leerla a tu llegada al infierno donde tuve la alegría de enviarte.

En *Gótico Norteño* (2026) de Mónica Ovejero, Salta, Ed. Cantus Corvis



## Listado de autores salteños de esta propuesta



Daniel Medina



Raquel Guzmán



Ricardo Daniel Piña



Eduardo Medina



José Chavez



Ramón Ramos



Mauro Martina



Clara Perez



Mónica Ovejero

## Nuestras redes:

### Plan de Lectura Salta



Página Web



Facebook



Instagram



Youtube



Spotify

### SADE Filial Salta



Canal WhatsApp



Facebook



Canal WhatsApp  
Mov. Gótico



Blogspot  
Cantus Corvi

### Biblioteca Provincial

#### Dr. "Victorino de la Plaza"

Secretaría  
de Cultura

Página Web Cultura



Biblioteca Provincial de Salta  
Dr. Victorino de la Plaza

Página Web



Instagram

ISBN 978-987-3674-37-2



9 789873 674372